

EDITORIAL

XVII Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático Durban 2011

Del rotundo fracaso a falsas esperanzas, pudiera ser el título de cualquier artículo referido al período que media entre la XVI Cumbre sobre Cambio Climático de Copenhague y la próxima cita a celebrarse en Qatar durante el mes de noviembre de 2013. En medio de ambas, sin penas ni glorias, quedó la XVII Conferencia de las Partes de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, efectuada en Durban, Sudáfrica. Los lectores de Monteverdia pueden preguntarse: ¿por qué tan poco crédito al evento de Durban? La respuesta, aunque sencilla, encierra numerosas complejidades.

Durante los días comprendidos entre el 28 de noviembre y el 11 de diciembre de 2011, estuvieron reunidos en la urbe sudafricana jefes de estados, ministros, diplomáticos y especialistas en el tema. La continuidad del Protocolo de Kioto, la inclusión de las naciones no firmantes del mismo y la posibilidad de un nuevo acuerdo vinculante más justo y objetivo, fueron algunas de las principales cuestiones en la mesa de conversaciones. Pero los acuerdos alcanzados no son otra cosa que promesas de volver a discutir las cosas en el futuro, cuando es el presente quién exige acciones eficaces.

Como barreras infranqueables ante el justo reclamo de los pueblos, para evitar las predicciones sobre un posible aumento de la temperatura global por encima de los 2° C, se alzaron contradicciones políticas; intereses económicos de una élite poseedora de más del 80% de los recursos financieros mundiales; la arrogancia de algunos gobiernos como el de Estados Unidos y el atrincheramiento de otros como los de Rusia, Japón y Canadá, que no se comprometen con un nuevo tratado o periodo, mientras el imperio norteamericano, principal emisor de CO₂, China e India, no hagan lo mismo.

El Protocolo de Kioto se prolonga hasta el 2017 o el 2020, pues no se decidió el nuevo plazo y quedó como asignatura pendiente para Qatar. El gobierno de Washington no aceptó integrarse a este, mientras que Rusia, Japón y Canadá, declinaron ante la continuación del tratado. ¿Para qué sirve entonces la prórroga si los grandes contaminadores evaden lo que es en sí un deber moral hacia toda la humanidad?

Se aprobó un documento conocido como “hoja de ruta”, cual si se trata de un viaje de vacaciones en una casa rodante, que registra una serie de pasos que, de darse, deben conducir al nacimiento de un nuevo acuerdo vinculante, al que se comprometieron a ser signatarios todos los grandes emisores de CO₂. Pero nada en concreto. Corresponde a los asistentes a la cumbre de 2015, discutir el nuevo tratado y si esta vez encuentran un lenguaje común, es posible que algunos de ellos lo firmen. Ver para creer.

Controversial resulta también la promesa de establecer el llamado “fondo verde para el clima”. Los mecanismos para su funcionamiento quedaron aprobados en la mesa de negociaciones de Durban y su comité ejecutivo tendrá 12 miembros procedentes de las naciones desarrolladas, junto a otros 12 miembros de países en desarrollo. Se pretende que los países poderosos aporten anualmente 100 000 millones de dólares, para financiar proyectos de reducción de emisiones contaminantes y de los efectos del cambio climático en naciones emergentes. Pero hay que esperar al 2020, para que los

señores con sombrero de copa comiencen a depositar monedas en el bombín de la clase media.

Es fácil para los poderosos mirar el problema del cambio climático desde la altura de sus rascacielos, porque son los pobres, fundamentalmente, los que carecen de vivienda, quienes sufren los efectos de las olas de frío o de calor, el impacto de huracanes, tornados y tsunamis, por solo mencionar algunos fenómenos asociados al calentamiento global.

Algunos insisten, incluso, en desacreditar las teorías sobre el cambio climático, refiriendo que en otros períodos geológicos se han alcanzado mayores temperaturas. Solo que en esos períodos la especie humana o no existía, o no había alcanzado la superpoblación que hoy tenemos, ni la sobreexplotación descomunal de los recursos naturales, ni la enorme dependencia de la producción eficiente de alimentos que existe actualmente.

Muchas cosas son analizadas en estas cumbres, pero nada se dice de minimizar, al menos un poco, el carácter consumista del actual modelo socioeconómico del mundo capitalista: causa principal de toda esta gran crisis que no es solamente climática, sino ambiental y con carácter sistémico.

Nuevamente se impone la falta de voluntad política a la solución a otra gran encrucijada para la humanidad y la urgencia de los destinos del planeta. Confiemos en que la sabiduría acumulada se abra paso y en el fortalecimiento de la unidad de las naciones del Tercer Mundo alrededor de entidades como la joven CELAC, permita hacer frente a la prepotencia del mundo desarrollado.